

Homilías Domingo 2º de Adviento Ciclo A

+ Lectura del santo evangelio según san Mateo

Por aquel tiempo, Juan Bautista se presentó en el desierto de Judea predicando: - Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos.

Este es el que anunció el profeta Isaías diciendo: Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos.

Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre.

Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y del valle del Jordán; confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo: - Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a escapar de la ira inminente?

Dad el fruto que pide la conversión.

Y no os hagáis ilusiones pensando: “Abrahán es nuestro padre”, pues os digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras.

Ya toca el hacha la base de los árboles, y el árbol que no da buen fruto será talado y echado al fuego.

Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí puede más que yo, y no merezco ni llevarle las sandalias.

Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.

El tiene el bieldo en la mano: aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga.

Palabra del Señor

Homilias:

(A)

Hoy la liturgia da un paso más y las lecturas a través del profeta Isaías y de Juan el Bautista añaden algunos datos interesantes sobre quién viene y para qué viene.

Apoyándose en dos bellas metáforas, Isaías nos dibuja el personaje que nace: **“brotará un renuevo del tronco de Jesé y de su raíz florecerá un vástago”**. Es decir, el profeta declara que del pueblo judío, un pueblo viejo, seco, desanimado florecerá, brotará una rama, un vástago, un tallo lleno de vida. Este vástago será el Mesías, Jesús nacido en Belén. El cual no juzgará por apariencias, no será fuerte con los débiles y débil con los fuertes, sino que defenderá con justicia al pobre. Impulsará la paz, expresada con la imagen del lobo habitando con el cordero y de la pantera tumbada junto al cabrito.

Hoy, para manifestar lo mismo diríamos que el palestino convive pacíficamente con el judío. Y pensando o soñando en nuestra tierra, comentaríamos que ciudadanos de posiciones políticas radicalmente dispares son capaces de respetarse. Un ejemplo de lo que no debe ser lo tenemos en lo ocurrido en el sur de Francia el sábado pasado, 1 de diciembre, el atentado saldado (cuando escribo estas líneas) con un muerto y un herido gravísimo y las reacciones posteriores. Esto choca frontalmente con el mensaje navideño, que nos reta a que aún en situaciones-límite la paz es posible. Me he centrado en el aspecto político, pero podríamos referirnos igualmente al mundo de la familia, de las relaciones familiares, que también pueden estar necesitadas de paz.

Pero el principal personaje, que interviene en el escenario de hoy es Juan el Bautista, un personaje original, austero, importante. También nos habla de quién viene y para qué viene. A lo primero responde que **“puede más que yo y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y con fuego”**. En segundo lugar, el para qué o recado ante su venida es claro y

directo: **”convertíos porque está cerca el reino de Dios. Dad el fruto que pide la conversión”**.

El Bautista nos apremia a cambiar de vida. Una tarea no tan sencilla, ya que convertirse es cambiar de dirección, orientarse hacia Dios, lo cual supone girar brusca o suavemente e iniciar el camino con rumbo o sentido opuesto. Conversión que los frutos, los hechos se encargan de demostrar si es auténtica o falsa. Adjetivo que no depende de la categoría social, ni de los cargos, ni de los títulos, ni de las palabras, si no de las obras.

El escritor Anthony de Mello cuenta la historia de un sufi llamado Bayazid:

“De joven yo era un revolucionario y mi oración consistía en decir a Dios:

“Señor, dame fuerzas para cambiar el mundo”.

A medida que fui haciéndome adulto, caí en la cuenta de que me había pasado media vida sin haber logrado cambiar a una sola alma, transformé mi oración y comencé a decir:

”Señor, dame la gracia de transformar a cuantos entran en contacto conmigo. Aunque solo sea a mi familia y a mis amigos. Con eso me doy por satisfecho”.

Ahora que soy un viejo y tengo los días contados, he empezado a comprender lo estúpido que yo he sido. Mi única oración es la siguiente:

“Señor, dame la gracia de cambiarme a mí mismo”.

Si yo hubiera orado de este modo desde el principio, no habría malgastado mi vida.

Y añade una coletilla: todo el mundo piensa en cambiar a la humanidad. Casi nadie proyecta cambiarse a sí mismo”.

En efecto, un modo de cambiar, de mejorar el mundo, de ir construyendo, creando el Reino de Dios es convertirnos cada uno de nosotros. Será también la forma más eficaz de llegar a los demás. Por ello acojamos el grito de Juan el Bautista: **“preparad el camino del Señor”**.

Ven, Señor, que te esperamos, ven, Señor, no tardes, ven pronto, Señor.

(B)

Un político nos cuenta lo siguiente: «Estaba yo en una asamblea echando un discurso. Cuando acabé, creí que iba a ser aplaudido por la mayoría de los dos mil camaradas que hasta el día anterior habían sido mis amigos. Yo sabía que muchos de ellos estaban de acuerdo conmigo; y, sin embargo, nadie se había atrevido a darme su apoyo. Cuando se levantó la sesión, se apartaron de mí como de un leproso. Mi cuerpo se paralizó como si fuera de piedra. Me pregunté hacia dónde debía dirigirme: no quería entrar en mi casa llevando toda aquella tristeza a mis hijos, a mi familia. Eran casi las dos de la tarde. Me puse en camino y, sin saber bien adónde iba, me encontré ante la casa de mi primera esposa, con la que me casé en 1937, cuando ella se disponía a ser monja, y a la que yo había abandonado en 1945, hacía ya 25 años.

Subí las escaleras como si fuese un sonámbulo. Apenas llamé, se abrió la puerta cual si una mano estuviese al pestillo. Y me encontré ante una mesa con dos cubiertos. Di un paso atrás. -Perdona, ¿esperabas a alguien? -pregunté. -Sí -me contestó-. Te esperaba a ti. He escuchado tu discurso por la radio y el silencio de todos cuando terminaste. Entonces estuve segura de que vendrías aquí. Entra y observa: creo que no he olvidado el vino que te gusta, el que te gustaba hace 25 años, ni he olvidado el pan de centeno.

Cuando, una hora después, me fui tras haber besado su frente, todo había cambiado en mi vida: el milagro de amor de aquella espera venía a ser el triunfo de la vida sobre la muerte. La existencia de una persona como mi primera esposa bien puede compensar el abandono de parte de millares de seres humanos. Todavía valía la pena vivir».

Hermanas y hermanos: esta esposa con un amor que espera sin límites es todo un reflejo del amor de Dios, que nos espera sin límites.

Precisamente porque Dios nos ama quiere que nos convirtamos de nuestros pecados, porque el pecado causa mucho sufrimiento en el mundo y, además, nos impide ser la persona que Dios quiere que seamos. Mirad: la mayor alabanza que podemos hacer de alguien es afirmar de él que es toda una persona.

Por todo esto, san Juan Bautista nos dice en el Evangelio de hoy: «Convertíos» (Mt 3,2).

La conversión es cambio, y todo cambia en el mundo. Cada uno de nosotros somos siempre fulano de tal, pero si tenemos un álbum en nuestras casas vemos cómo vamos cambiando a través de los años. La conversión es cambio de conducta y, para eso, tiene que haber un cambio en nuestro interior. Tenemos que poner a Dios en el centro de nuestro corazón; de lo contrario tendremos el corazón vacío aunque tengamos el estómago lleno.

San Juan Bautista llama a los judíos raza de víboras porque las víboras cambian de piel, pero en su interior hay siempre veneno. No seamos nosotros como las víboras.

Si aquel político fue al encuentro de su esposa, que lo esperaba desde hacía 25 años, vayamos nosotros al encuentro de Dios, que desde siempre nos espera con los brazos abiertos.

(C)

Dios está muy cerca. Es lo que te quiero comunicar hoy. Pueden parecer palabras de siempre, pero es la realidad más grande del mundo. Lo repito: *Dios está muy cerca.*

No sé si me entiendes; no sé si esto se puede explicar. Sé que es difícil comprenderlo. Pero *Dios está muy cerca.*

En esto consiste la predicación de Juan Bautista: anunciar que Dios está cerca. Por cierto, Mateo nos describe la forma de vestir y de comer Juan. Vestido austero. Comida austera, frugal. Vida de silencio en el desierto. Y ya está. Juan Bautista toca lo esencial, dice la verdad, anuncia la novedad. Hay cosas muy sencillas al alcance de la mano: ser capaces de vivir en austeridad en medio de un mundo de consumo; ser capaces de no dejarse revestir de cosas, de *no cosificarnos*. La verdad tiene sus exigencias e impone un modo de vivir también externo.

A veces nos quedamos mirando hacia dentro y contemplamos nuestros sueños más íntimos: *¡Cómo desearía...! ¡Sería feliz si...!* Enseguida añadimos: *pero no puedo salir... no puedo cortar..., no puedo dejar mi realidad.* Portamos dentro un paraíso, un ideal

que, de entrada, damos por descartado. ¿Razón? No podemos mover ni cambiar la realidad que nos envuelve. Juan Bautista apunta una pista: no manda cambiar la sociedad; proclama que hay un paso previo: la *conversión personal*.

Me sorprende mucho que hoy hombres y mujeres que se llaman creyentes en el Dios de Jesús no sienten la necesidad de conversión. Creen que ya son “buenas personas”. ¿De qué me voy a convertir yo si no hago esto ni lo otro ni...? Creernos buenos nos está impidiendo ser nuevos, descubrir la necesidad de conversión. Creernos buenos es la postura de los fariseos y saduceos a los que Juan dispara los dardos más feroces de su predicación hasta llamarles “raza de víboras”. no es que no seas bueno; lo malo es que no seas mejor, que te contentes con la meta alcanzada. No es que no seas bueno, es que no escuchas a Dios que te pide nueva conversión. No es que no seas bueno, es que no dejas que el Espíritu te lleve donde Él quiere.

El Mesías no necesita gente buena, necesita personas que se sientan pecadoras, personas urgidas a la conversión. El Mesías no viene para los que ya se sienten intocables y perfectos. Con esos el Mesías no tiene nada que hacer. Toda esa gente no necesita nada ni a nadie, menos al Mesías. El Mesías necesita personas que cuando escuchan las palabras del profeta, *convertíos*, el corazón se les estremezca y reconozcan su necesidad de cambio de vida. El Mesías necesita personas que se acerquen al desierto o que sientan desierto en su corazón. Él trae palabras que sólo se pueden entender si se está en el desierto, no en el ruido o en el pozo de la abundancia.

Dios está cerca. Sí. Dios está muy cerca de todos aquellos que viven desierto o se sienten pecadores. Dios está muy cerca de todos aquellos que anhelan algo nuevo en su vida. No es posible que Dios esté lejos del corazón que quiere florecer. Dios está muy cerca de todos aquellos que se agachan para tender la mano a sus hermanos. Una cosa: *Dios está cerca* sólo significa eso, que está cerca; pero todavía hay una barrera de distancia. Cuando sea el tiempo oportuno tendremos que cambiar la frase *Dios está cerca* por otra: *Dios está en mí, dentro de mí*. No obstante, que esté cerca ya es una gran cosa.

Sabrás que Dios está *dentro de ti* cuando seas capaz de convivir con el que te hace la guerra y te pone zancadillas... Ese día proclamarás que el Espíritu del Mesías te ha lavado en agua y en fuego.

¡Qué bueno es Dios que no busca justos sino pecadores! Pues a disfrutar de este Dios que nos viene como Mesías.

(C)

Este mundo no nos gusta. Todos hemos sentido alguna vez la tentación del escapismo. “Que se pare el mundo que yo me bajo”.

Y no es que el pasado fuera mejor. Nadie que conozca el pasado puede decir que el pasado fuera mejor. Lo que pasa es que ahora somos más conscientes de la complejidad y la fealdad de la vida. Ahora conocemos mejor la vejez del mundo.

Este mundo nuestro es magnífico. No podemos dejar de admirar tantas realizaciones, conquistas y logros. Vivimos tiempos felices y divertidos.

Y sin embargo no hace falta tener demasiado ojo clínico para detectar síntomas de un mal profundo y progresivo.

Yo creo que lo que le falta al mundo es el alma. Tenemos un cuerpo precioso, pero le falta el alma. Presentamos un escaparate fascinante, pero vacío por dentro.

Mecanismos financieros y sociales que funcionan automáticamente, pero sin alma. Sistemas complejos, tecnológicamente avanzados, organizados, pero sin alma. Un mundo lleno de cosas, pero sin “la cosa”, sin corazón.

Nuestro mundo está ciego. Hombres inteligentes como somos, y no sabemos resolver los principales problemas que nos afectan. “Hemos aprendido a nadar como los peces y a volar como las aves, pero no sabemos el sencillo arte de vivir unidos como hermanos”. Prevalece una cultura de muerte. Piensa no sólo en las armas, sino en la destrucción de la naturaleza, de las especies, en el deterioro del planeta. ¿Es egoísmo ciego o ceguera interesada?

Nuestro mundo es hipócrita. Nos manifestamos como no somos, decimos lo que no sentimos, presumimos de lo que no tenemos...

Las cosas no pueden seguir así. El mundo se seca por falta de Espíritu.

Si nos quedáramos en una visión amargada y apocalíptica de este mundo, no podríamos seguir celebrando el Adviento. Los hombres de Adviento se abren a una visión esperanzada.

Precisamente hoy escuchamos textos vitalistas: “Brotará un renuevo del tronco de Jesé”... “Sobre él se posará el espíritu del Señor”... “Habitará el lobo con el cordero”... “Defenderá con justicia al desamparado”...”Está lleno el país de la ciencia del Señor”...

El mundo está ahí, y nosotros estamos en el mundo, no para condenarlo, sino para amarlo y salvarlo. El mundo está ahí y huele a podrido pero tú estás llamado a ser “el buen olor de Cristo”. El mundo está ahí y se siente viejo, pero tú debes renovarlo y hacer que florezca. El mundo está ahí y le falta espíritu, pero tú tienes que ser el alma del mundo.

El hombre de adviento no puede limitarse a entonar lamentaciones o a esperar soluciones bajadas del cielo. El mundo está ahí para que entre todos lo renovemos y lo salvemos.

Si el mundo sigue corrompido, ¿no será porque nuestra sal se ha vuelto sosa? Si el mundo sigue viejo, ¿no será porque nos falta a nosotros juventud? Si al mundo le falta alma, ¿no será porque también nos falta a nosotros Espíritu? Recordémoslo una vez más: el cristiano está llamado a ser “alma del mundo”.

Recordemos que el profeta, el testigo, el creyente, es “el hombre de Dios en el mundo del hombre”.

(D)

El templo es el espacio de los sacerdotes. El desierto es el espacio de los profetas.

Los sacerdotes son los encargados de mantener firmes las estructuras y el cumplimiento de la ley.

Los profetas son los encargados de despertar las conciencias y anunciar las novedades de Dios. El profeta difícilmente encaja en las estructuras y en la ley. Por eso, el profeta tampoco encaja en el Templo. Es el hombre de la libertad de espíritu. Es el que habla al pueblo y habla a los sacerdotes, los fariseos y los letrados pegados al templo.

Esa fue la misión de Juan. Aparece en el desierto no como un sacerdote que invita al culto, sino como un profeta que proclama el cambio, la conversión, la apertura a la novedad del que está llegando. Es una voz que clama en el desierto. Pero Juan es mucho más que una palabra. Juan es toda una vida hecha palabra. O mejor, es la palabra hecha vida, revestida de vida. En los profetas habla la voz pero sobre todo habla la vida.

Lo curioso de Juan está en que no es el profeta que habla a los de “a fuera”, a los que no creen, a los paganos, a los que están lejos. Al contrario, Juan es de los que habla a los “de dentro”, a los que “se creen buenos”, a los que dicen cumplir con la ley, a los que se respaldan a sí mismos creyéndose “hijos de Abrahám”.

Es fácil ser profeta para los que están fuera.

Es fácil ser profeta para los religiosamente marginados.

Es fácil ser profeta para los que no creen.

Lo difícil es ser profeta: Para los de dentro. Para los de casa. Para los que dicen llamarse cristianos. Para los que dicen estar bautizados.

Juan se presenta como el profeta que anuncia y proclama “que el reino de los cielos está cerca”. Y que hay que “preparar los

caminos del Señor, para allanar los senderos”, mediante el cambio y la conversión.

Lo difícil es ser profeta dentro de la Iglesia.

Lo difícil es anunciar el cambio en la Iglesia.

Lo difícil es proclamar los cambios que el Espíritu está pidiendo a la Iglesia.

Además es fácil anunciar el cambio a la gente sencilla que acudía a él y lo escuchaba y se dejaba bautizar en expresión del cambio.

Lo difícil es anunciar el cambio de los que se creen buenos, porque están bautizados.

Lo difícil es anunciar a los de arriba la necesidad de cambiar lo que el Espíritu pide hoy a la Iglesia para responder a las necesidades e interrogantes del hombre de hoy.

Todos nos sentimos profetas frente al Pueblo de Dios siempre que sea para mantener las cosas como han sido siempre. Pero ¿quién se atreve a proclamar que necesitamos de una Iglesia distinta, diferente, una Iglesia más comprometida con los que se han ido o se resisten a entrar porque no ven en ella la verdad que buscan y que necesitan?

¿Quién se atreve a ser hoy el profeta del cambio?

¿Quién se atreve a ser hoy profeta que habla a los jefes, a los de arriba, cuando se corre el riesgo de ser declarado “persona no grata” o simplemente “sospechosa” como lo fue el mismo Juan?

Me admira la figura de Juan que es capaz de proclamar al pueblo sencillo la “conversión” y a los “fariseos y saduceos, es decir, a los jefes, llamarlos “raza de víboras”.

No resulta fácil hoy ser profeta con los que están arriba, y decirles que es preciso nuevos cambios en las estructuras eclesiales. Que es preciso cambiar la Curia Romana de la que tanto se viene hablando y criticando. Que es preciso cambiar el estilo de

nombramiento de los Obispos, que tantos problemas está creando. Que es preciso cambiar de estilo de Pastoral y de celebración litúrgica.

La Iglesia necesita profetas dentro de la misma Iglesia. Los profetas de Israel no profetizaban contra los de a fuera. Profetizaban contra el pueblo y sus autoridades.

La Iglesia necesita profetas que escuchen la voz de Dios en los “signos de los tiempos”.

Necesita profetas que, en nombre de Dios, hablen de la necesidad de cambios que todos esperamos pero que encuentran grandes resistencias. Juan tuvo la valentía de llamar a los jefes religiosos de aquel entonces “raza de víboras”. ¿Alguien se atreve a hablar así hoy? ¿Cómo decirlo hoy?

Me ha impresionado lo que escribe el Cardenal Martini: “Nuestra Iglesia es hoy un poco temerosa a la hora de ayudar a quienes se alejan. Es precisa en el establecimiento de los límites, pero no es tan valerosa para extender la mano a quien está fuera de los límites” (En alas de la libertad pág. 33)

Alguien ha escrito que “hoy se necesitan menos sacerdotes y más profetas”. Sin embargo todos estamos más preocupados de las vocaciones sacerdotales que de las vocaciones proféticas. Los profetas son personas “no bienvenidas”. Son “peligrosas”. Sin embargo, en el Adviento, una de las figuras centrales es precisamente la de Juan el Bautista. El profeta del desierto. El profeta que cayó muy mal a los Jefes del Templo.

P. Juan Jáuregui Castelo